

NUESTRA CIUDAD

NOS ocurrió el otro día subir a una elevada azotea en el centro de la ciudad, y contemplar durante breves, silenciosos momentos el paisaje desde allí visible. Y hemos de confesar que nuestra reacción inmediata fué de una enorme desolación. Sólo un espantoso desorden se presentaba a nuestros ojos: masas informes y heterogéneas sombreaban apenas las desamparadas calles; las escasas notas características parecían desvanecerse en un mar abigarrado, en una lóbrega ensalada de grandes y pequeños monstruos. Tardamos mucho tiempo en recuperarnos de aquel desengaño. Pero ello nos sirvió, en cambio, de estímulo a ciertas apremiantes reflexiones.

La ciudad de México ha crecido. Esto es evidente. Mas su crecimiento ha sido arbitrario. No se ha desenvuelto de acuerdo con un plan orgánico, como cualquiera de las principales capitales europeas. Ni ha cuidado nadie de mantener en ella un estilo uniforme, como ha sucedido, por ejemplo, dentro de un espíritu legítimamente innovador, en Nueva York o en Río de Janeiro. No. Lo que hasta hace algunos años era un lugar amable, discreto, auténtico, se ha convertido en la flor del mal gusto, por obra y gracia de la indiferencia de unos y de la voracidad constructora de los demás.

Es claro: las ciudades no son establecimientos estáticos. La evolución de las necesidades de sus habitantes determina, en buena parte, la evolución de su fisonomía. En principio, precisa considerar ante todo el valor eficacia, sobre el valor belleza, sobre los valores no esenciales. Meditemos un poco, sin embargo, y concluiremos que la belleza es también, subsidiariamente, un germen de eficacia. Bien sabemos que los hombres no son máquinas; que su actividad, si se la quiere integral y positiva, exige un marco propio. A primera vista, la importancia de un jardín, de una unidad estética en los edificios, resulta casi nula frente a los inmensos problemas de toda comunidad moderna. Pero a poco pensar reconoceremos que ese prado, que esa arboleda, que esa unidad estilística, constituyen, ellos mismos, problemas fundamentales. El rostro de una ciudad influye sin duda en el ánimo de quienes la pueblan. Suponiendo idénticos elementos materiales, parejas capacidades intrínsecas de acción, no se trabaja de igual manera cuando se sabe que el camino a casa transcurrirá frente a perspectivas gratas y sedantes, y cuando éstas, por el contrario, deparan sólo el desaliño de un tímido parque ya marchito y siempre sucio, y una miscelánea de formas incongruentes —no ya conservadoras, no ya modernas, sino simplemente absurdas— en atroz competencia por sofocar la mayor o menor grandeza primitiva.

¿REMEDIOS?

VARIAS décadas de inmoral desdén municipal han hecho de México, a pesar de la tradición, a despecho de sus privilegios históricos en el continente americano, un caos radicalmente irremediable. No obstante, todavía es tiempo de poner un dique a las conveniencias yanquizarantes —malas, desproporcionadas imitacio-

LA FERIA

HIJO PRODIGO



DE

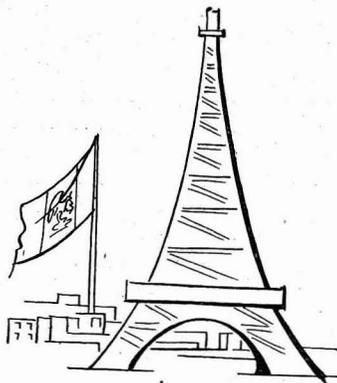
LOS DIAS

DESPUES de una prolongada ausencia, que aprovechó para vivir largamente en Francia y emprender más breves incursiones en la India y el Japón, Octavio Paz ha regresado a México, ávido de llenar en unos cuantos días las lagunas de información nacional a que le tuvo sometido la distancia. Todas las mañanas, Octavio recorre la avenida Juárez, visita las librerías que allí conviven, charla con sus dueños y curioseas en los estantes. En una de estas ocasiones, se encontró en los dominios de Obregón, junto al cine Alameda. Cinco personas —pero no la de Obregón, que había salido a comer— se le enfrentaron desde luego para indagar lo que deseaba. Octavio se dirigió a una de ellas y le solicitó un libro, o un periódico, publicado en 1948. “No lo tenemos”, contestó el dependiente. “Pero acá están las últimas novedades”. Octavio confesó cabizbajo: “Para mí todo es novedad, tras un alejamiento de diez años”. Y entonces al dependiente se le iluminó paternalmente la cara: “En tal caso, es indispensable que conozca estos ensayos de Cosío Villegas. Y esto, de Martín Luis Guzmán. Y también (y aquí le mostró a su desconcertado interlocutor sendos ejemplares de El laberinto de la soledad y de Libertad bajo palabra) a este nuevo poeta, Octavio Paz, que dicen que es bastante bueno”.

CRONICA MENOR

DE un antiguo residente de la Ciudad Universitaria de París hemos recibido la carta cuyos párrafos capitales transcribimos en seguida sin comentarios, al margen de la reciente inauguración de la Casa de México.

“Me parece justo, a propósito de nuestro flamante pabellón, recordar tres nombres olvidados: Pedro de la Mora, Raúl Henríquez y Juan Martín. Son los nombres de otros tantos devotos colaboradores de la obra. Pedro de la Mora vivió en la Cité durante muchos meses, y a él se deben los proyectos originales, que no por haber sido luego patrocinados y parcialmente reformados por otras personas, fueron menos la base sustancial del proyecto definitivo, y el producto de múltiples investigaciones, pacientes y generosas, entre los directores de las demás casas universitarias y entre los mismos estudiantes. Todavía puedo ver a Pedro haciendo preguntas a los suizos, a los ingleses, a los armenios, sobre las ventajas y desventajas de sus respectivos alojamientos; y tomando notas y apuntes, que después, en la noche, se dedicaba a descifrar... Raúl Henríquez —arquitecto, como Pedro, y ex becario del Gobierno Francés— fué nombrado supervisor de la construcción, por el embajador Fernández Manero, en 1950. El es quien intervino en las deliberaciones cotidianas con las autoridades francesas; quien ejecutó y suavizó el proyecto, de acuerdo con sus propias experiencias de residente... Juan Martín fué su secretario, e importa recordarlo, más que por otra cosa, por los constantes servicios y la ejemplar amistad que, siendo él español, prestó en todo momento a cuantos estudiantes mexicanos llegábamos a la gran Ciudad Universitaria... Los tres merecen una proporcionada, pero en todo caso agradecida y oportuna mención en el expediente relativo...”



nes— que lo infestan, al libertinaje en la construcción, a la guerra mercenaria contra la armonía; es aún hora de vitalizar un permanente esquema urbano, de fomentar el sentido de responsabilidad de los arquitectos y de sus clientes más ambiciosos, y sobre todo, de corregir el grave olvido en que se han tenido hasta ahora la conservación de lo nuestro y la iniciación de nuevas obras de verdadero embellecimiento.

